

LUIGI GENINAZZI
Prólogo de LECH WAŁĘSA

LA ATLÁNTIDA ROJA

EL FIN DEL COMUNISMO
EN EUROPA



RIALP

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[Miami, 1 de diciembre de 1988](#)

[PRIMERA PARTE Los años 80, cuando la historia se puso en movimiento](#)

[I Danzig 1980: los de mono azul contra el régimen rojo](#)

[II Miseria y nobleza: la vida cotidiana en la Polonia comunista](#)

[III Polonia 1981: el poder declara la guerra a su pueblo](#)

[IV Polonia 1983: ¿está el Papa, hay libertad!](#)

[V Polonia 1984: sacerdotes en primera línea](#)

[VI Checoslovaquia 1985: un santo aguafiestas](#)

[VII Alemania oriental 1986: los comunistas prusianos, héroes de la tristeza](#)

[VIII Rumanía 1987: oscuridad, hambre y terror](#)

[SEGUNDA PARTE 1989, el año en que la historia se puso a correr](#)

[I Varsovia: los nuevos caballeros de la mesa redonda en busca del Santo Grial de la democracia](#)

[II Polonia: eutanasia de un régimen](#)

[III Berlín: cae la Bastilla roja](#)

[IV Praga: una revolución de terciopelo contra un régimen de hierro](#)

[V Rumanía: una conspiración disfrazada de revolución](#)

[VI Gorbachov, el síndico de la quiebra del imperio comunista](#)

Créditos

Prólogo

Cada vez que me preguntan quién hizo caer el comunismo en la Europa del Este suelo responder que el mérito corresponde en el 50% a Juan Pablo II, en un 30% a Solidarność y el resto se lo reparten Reagan, Kohl, Gorbachov. Pero debo decir que el mérito lo tienen también muchos periodistas, por su gran trabajo de información, sin el cual no habríamos conseguido vencer al monopolio de la mentira al que estábamos sometidos. La filosofía de los regímenes comunistas era la de impedir que nos organizásemos, negando nuestra existencia, obligándonos a humillarnos y a mentir. Los periodistas extranjeros han hecho lo contrario, presentando cómo estaban las cosas, contando la verdad de los hechos, poniéndonos bajo una lente de aumento que destacaba nuestra fuerza y nuestra capacidad. Entre estos no puedo olvidar a Luigi Geninazzi, reportero italiano que siguió nuestro movimiento desde el principio con gran atención y pasión. La propaganda del régimen quedó deshecha por el testimonio directo de quien se encontraba en el sitio y refería lo que veía con sus propios ojos. En el fondo era una cosa muy sencilla, mientras el poder buscaba confundir las cosas.

Solidarność nació de una intuición: si no puedes levantar un peso tú solo, busca alguien que te ayude. En aquel tiempo el comunismo era un peso demasiado grande que nadie conseguía echarse a la espalda. En los años 50 alguno lo intentó con las armas, pero perdió la vida por manifiesta inferioridad. En los años 60 y 70 intentamos salir a

la calle para hacer oír nuestra protesta, pero nos silenciaron con la fuerza. Hemos buscado varias soluciones, pedimos consejo a los políticos e intelectuales de occidente. Pero ninguno de ellos creía que fuese posible la caída del Imperio soviético. Luego llegó nuestro Papa, el Papa polaco, y descubrimos que hay algo más fuerte que los carros de combate y los misiles atómicos. Juan Pablo II apeló a los recursos espirituales y a la fe de nuestro pueblo y nos pidió que no tuviéramos miedo. En 1979 volvió a Polonia y por primera vez nos encontramos unidos, nos dimos cuenta de los muchos que éramos. Me he preguntado cómo antes, cada vez que organizaba una huelga en los astilleros de Danzig, me encontraba rodeado de no más de diez personas y luego, de repente, en 1980 fueron 10 millones. Yo hacía siempre lo mismo, los mismos discursos. Pero la gente había cambiado, se había hecho más consciente, más madura, más determinada. Y los primeros en extrañarse de este cambio fueron los comunistas: ya no sabían cómo reaccionar. En un cierto momento se resignaron a dialogar con nosotros, y al final tuvieron que ceder el poder.

Nuestra lucha pacífica y digna ha abatido dictaduras que parecían invencibles, ha destruido muros y barreras bajo el signo de la libertad y de la hermandad entre los pueblos. La revolución de Solidarność en Polonia, seguida por la de los movimientos de oposición en los demás países del este, ha cerrado una época marcada por la violencia, el odio y las divisiones. Mi generación hizo realidad lo que para mi padre y mis antepasados era del todo inimaginable: una Europa sin fronteras en un mundo cada vez más globalizado. Sobre las ruinas del comunismo ha nacido un capitalismo de nuevo cuño, totalizante y agresivo. Hay preguntas que no han encontrado aún respuesta: ¿es posible una economía de libre mercado que no sea sinónimo de egoísmo e injusticia social? ¿Qué sentido dar a la palabra democracia en un mundo en que los Estados pierden progresivamente competencia y soberanía? Y sobre todo: ¿sobre qué fundamentos construir una nueva economía y una nueva democracia? Quien, como yo, ha sido un activista en los años pa-

sados no tiene soluciones inmediatas que dar para el futuro. Pero entiendo que el principio de la solidaridad, que nos permitió destruir el viejo mundo opresivo e injusto del comunismo, es decisivo también para construir un nuevo mundo más libre y más justo. La apertura cada vez mayor y la ausencia de fronteras exigen una «Solidarność global». Para nosotros, los que comenzamos a luchar en 1980, la solidaridad se traducía en los 21 puntos que estaban en la base de nuestra huelga en los astilleros de Danzig. Hoy todo es más complicado, son muchos los puntos en discusión. Me limito a un ejemplo: es evidente que en un mundo global se impone la integración entre las distintas economías. No cabe duda que antes o después Ucrania entrará en la Unión Europea, y entonces la agricultura polaca —y también la italiana— sufrirá serios inconvenientes y correrá peligro de desaparecer. No habrá soluciones al margen del principio de solidaridad entre los Estados. Quiero decir que los problemas que tenemos por delante no se podrán dejar en manos de la consabida comisión de expertos, sino que deberán implicar a la opinión pública de muchos países, y necesitarán ideas claras y principios morales. Eso nos lo ha enseñado Solidarność.

LECH WAŁĘSA^[1]

[1] Fundador y presidente del sindicato Solidarność hasta 1990. Presidente de Polonia de 1990 a 1995.

Introducción

Había una vez una Europa del Este, un mundo gris de limitaciones y restricciones que sobrevivía fatigosamente bajo el triunfalismo engañoso de las dictaduras rojas. Un mundo que, en el imaginario colectivo, desapareció en una noche con la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, de un modo inesperado, como la mítica Atlántida. La opinión más extendida es que el telón de acero se derrumbó de golpe como un castillo de naipes y que la caída de los regímenes totalitarios en la otra mitad de Europa se le unió de modo del todo inesperado. El comunismo parece que murió de infarto y todos, comenzando por los parientes más cercanos, celebraron con descarado alivio e indisimulada preocupación sus funerales.

Pero, a decir verdad, el Muro no cayó. La expresión, aunque aceptada hoy en el léxico habitual, tiene una fuerza evocativa que no corresponde a la realidad. El Muro no cayó. Lo derribaron. No en una noche sino en el curso de largos años. No cayó, lo ha echado abajo gente curtida y valiente que desafió a un poder antiliberal y represivo con las manos desnudas. El fin del comunismo en Europa fue un evento dramático y retorcido, madurado en el sufrimiento y los sacrificios de millones de personas, preparado por la resistencia tenaz de hombres y mujeres que, contra toda esperanza razonable, lucharon con el corazón libre de odio para afirmar el derecho a la verdad y a la libertad. Este libro quiere ser un homenaje a ellos, a los protagonistas famosos y también a tantos héroes desconocidos de la que se ha

definido con justicia como «la revolución no violenta más lograda de la historia».

La Atlántida roja, desaparecida y casi borrada de nuestra memoria, no era de hecho una tierra desolada. O, por decirlo mejor, era un mundo marcado por la penuria material que, bajo la capa opresiva del poder, escondía tesoros de humanidad auténtica, maestros sabios dotados de una gran fascinación intelectual y gente sencilla, instintivamente alejada de las dobleces del régimen, creyentes cuya fe cristiana consiguió de veras trasladar montañas, y laicos de absoluta integridad moral en busca del bien y la verdad. Para no hablar de la capacidad de ironía frente a la adversidad, incluso la más dura e injusta provocada por los gobernantes. Al lado de estas personas, siguiendo de cerca sus empeños aparentemente desesperados, he vivido la excitación de quien está en primera línea en la difícil cresta entre totalitarismo y libertad. Lo confieso, tengo alguna nostalgia de los años 80, que pasé en su mayor parte en el Este, una experiencia humana y profesional extraordinaria que logró que me apasionara por la realidad, justificando el viejo dicho según el cual «el de corresponsal es el oficio más hermoso que uno pueda tener».

Han sido «Diez años que cambiaron el mundo», si se me permite parafrasear a John Reed, el corresponsal más famoso del siglo XX, cronista excepcional de la revolución bolchevique de 1917. Como entonces aparecieron proletarios en acción y pueblos alborotados. Pero, a diferencia de la epopeya descrita por el periodista americano, amigo de Lenin y Trotsky, esta vez la clase obrera no fue al asalto del Palacio de Invierno con las armas en la mano.

Todo lo contrario: no movió un dedo para atacar, prefiriendo cruzarse de brazos a la espera de que el llamado «gobierno de los obreros y campesinos» bajase a negociar con los directamente interesados y reconociese sus derechos fundamentales. Fue la primera brecha en el Muro, que comenzó a desmoronarse sobre el litoral báltico ya en 1980 con el nacimiento de Solidarność, el sindicato libre polaco.

En la historia irrumpe lo que podríamos llamar «el factor W». Como Wałęsa, como Wojtyła, uno el fundador, el otro el defensor de un nuevo movimiento obrero que bien pronto se convertiría en un movimiento popular. Su deseo de libertad acabará por contagiar a las demás naciones de la Europa sovieterizada.

Quien se manifestaba contra el régimen no actuaba en virtud de una ideología: no se amparaba en el liberalismo, en el nacionalismo, y mucho menos en el socialismo, ni siquiera en el de rostro humano. Se trataba de un movimiento de naturaleza ética, por decirlo con palabras de Józef Tischner, considerado por todos como el teórico de *Solidarność*. Lo que significa que la lucha por la justicia social y la libertad es ya un valor en sí, prescindiendo del resultado: se fundamenta en la experiencia humana de la solidaridad. Eso es lo que permitió a la gente mantener la cabeza alta frente a un poder obtuso e incluso brutal, sin albergar sentimientos de odio y de venganza, y sin caer en la violencia.

Relatar todo esto ha sido fatigoso y exaltante: de poco servían las agencias, que daban escasas noticias, y aún menos la televisión de la propaganda gubernativa. Internet no existía y había que estar siempre en el terreno, pero bastaba tener ojos para ver y oídos para escuchar, y no reprimir la propia admiración y asombro. En el fondo, lo que se espera de un corresponsal (junto al respeto por la gramática y la sintaxis) es capacidad de asombrarse. De otro modo la narración pierde fuerza o se convierte en puro artificio retórico. «Solo el asombro conoce», decía Gregorio de Nissa. Se trata de una frase que descubrí en aquellos años, y que he oído repetir muchas veces a don Luigi Giussani. Bien podría ser el lema que más se adapta al oficio de periodista.

Más de una vez al asombro se añaden los interrogantes, la perplejidad y las decepciones. El camino hacia la libertad no fue una marcha triunfal sino un avance fatigoso sobre una senda llena de obstáculos y trampas, un recorrido en zigzag con ilusorias fugas hacia delante y dramáticos retrocesos, un movimiento no rectilíneo, realizado en orden disperso y con diversos ritmos en los distintos países de la Eu-

ropa comunista. Es lo que describo en la primera parte del libro y puede parecer al lector como dar vueltas sin meta, de los astilleros de Danzig al café Slavia de Praga, de los encuentros en el Vaticano con Juan Pablo II a los que tuve con un pastor luterano pacifista en Berlín Este. Pero existe un hilo y se hará evidente en 1989, el año del cambio de época al que dedico la segunda parte. En el curso de pocos meses, una increíble aceleración barre de la escena a hombres de mármol y dictaduras de cemento armado. De Polonia a Hungría, de Alemania del Este a Bulgaria, de Checoslovaquia a Rumanía, un impresionante «efecto dominó» hace caer uno tras otro los variados añicos del Imperio soviético. Se trata de una secuencia asombrosa que no hubiera podido imaginar el más genial de los autores de fantasía política. La Europa centro-oriental sale finalmente del cono de sombra en que la había confinado medio siglo de Guerra Fría. La *Mitteleuropa* «secuestrada y vampirizada por la URSS», según la famosa definición de Milan Kundera, recupera sangre y vigor y reencuentra su puesto en la historia.

La de 1989 es una revolución pacífica donde, se ha dicho, «no se rompió un cristal», con excepción de la sangrienta revuelta de Rumanía (que fue en realidad un golpe de estado disfrazado de levantamiento popular). Hay quien, como el historiador François Furet, ha visto aquí el cumplimiento de la Revolución francesa de dos siglos atrás y quien, como el historiador y militante de *Solidarność*, Bronisław Geremek, la ha descrito como «justo lo contrario de 1789, una revolución contra la idea jacobina y sus métodos violentos que culminan en el Terror». El estudioso y periodista inglés Timothy Garton Ash, profundo conocedor del Este de Europa, al que ha dedicado varios ensayos, inventó el término «refolución» para indicar la mezcla de revolución y reformismo que caracterizó los movimientos del 89. Por el contrario, el historiador Krzysztof Pomian niega decididamente que se pueda hablar de revolución, porque todo sucedió en el marco de «una transición negociada», confirmando que cuando un régimen totalitario se abre al

diálogo no se hace un poco más democrático: simplemente excava la fosa de su propia sepultura. Pero probablemente la definición más ajustada es la del disidente convertido en presidente de Checoslovaquia, Václav Havel que, siendo laico, no ha dudado en hablar de «milagro». Más allá de este fugaz debate, hay que señalar que faltan aún estudios históricos dignos de mención sobre el fin del comunismo en Europa. Son escasos los libros sobre este asunto, comparados con la inmensa mole de ensayos y escritos sobre los totalitarismos de la primera mitad del siglo pasado. También por eso, a falta de algo mejor, he pensado que sería útil y obligado contar qué fue y cómo se desarrolló el extraordinario movimiento de base que hace menos de veinticinco años derribó la pirámide de un poder absoluto y despótico cambiando la faz de Europa y del mundo.

Volver a pensar en 1989 es algo muy distinto de un ejercicio comparativo con la situación actual, cuando cada día, a nivel planetario, nos encontramos con movimientos de protesta de base, expresión de una sociedad civil que no se reconoce ya en los partidos ni en las instituciones tradicionales. La referencia vino espontánea ante las «primaveras árabes» de 2011, un acto colectivo que ha roto las cadenas de la «mente prisionera» (por decirlo con las palabras del gran escritor polaco y premio Nóbel de literatura Czesław Miłosz) provocando la caída de los regímenes autoritarios en Túnez y en Egipto. Sin embargo, como he podido constatar en persona, los jóvenes de la plaza Tahrir no han sabido tomar ejemplo de lo sucedido en Europa del Este, creyendo que la revolución, originada en el espacio virtual de la web, encontraría sus líderes en los blogs y podría sobrevivir gracias a las redes sociales. Internet es un formidable instrumento de comunicación, pero no es suficiente para crear un sujeto político. «Hemos regado el desierto, pero no hemos sido capaces de hacer crecer la planta», es la desconsolada expresión que recogí algunos meses más tarde de los que habían contribuido a la caída de Mubarak sin obtener un gobierno liberal-democrático. Con todo, la leyenda posmoderna según la cual Internet es sinónimo de

democracia parece sostenerse, incluso entre nosotros. Quien hoy vive de antipolítica haría bien en leer lo que ha escrito sobre esto Václav Havel en su *El poder de los sin poder*, uno de los textos que inspiraron la revolución de terciopelo de Checoslovaquia: «El cambio de las estructuras debe partir del hombre, de su relación consigo mismo y con los demás». Para el intelectual bohemio el único gran recurso contra el poder es un yo que ha elegido vivir en la verdad. No basta indignarse por lo que pasa fuera, hay que mirar dentro de nosotros para descubrir «lo impensado de la política», como explicaba en 2005 el entonces cardenal de París, Jean-Marie Lustiger, hablando de Solidarność, «un movimiento que ha sabido hacer emerger la realidad de la experiencia humana en su dimensión integral, siempre ignorada por la ideología marxista». Y continuaba: «Lo que me deja un gusto amargo en la boca es el hecho de que, en la era de la globalización, existe el mismo peligro de minusvalorar la realidad de la condición humana y de su dignidad, en beneficio de las nuevas ideologías dominantes». Descubrir la propia dignidad es la condición fundamental para una revolución no violenta. No solo en los actos sino también en las palabras. El extremismo verbal, el insulto, el ataque vulgar, a la larga generan odio y espíritu de venganza. «Nosotros no necesitamos enemigos para sentirnos más grandes y más fuertes: nuestro movimiento habla con todos y no va contra nadie», escribía el padre Tischner en su *Ética de la solidaridad*, un vademécum indispensable para quien quiera poner en marcha una revolución no violenta. El yo consciente de la propia fuerza moral no teme el diálogo. Quien se toma en serio la dignidad y la verdad está dispuesto a negociar sobre todo lo demás, incluso con el peor enemigo. Así se puso fin al comunismo en 1989. Un método que puede valer también para nuestras imperfectas democracias.

Miami, 1 de diciembre de 1988

Es aún muy temprano cuando me despierto sobresaltado, con los primeros rayos del sol que se filtran a través de los visillos e inundan la habitación con una claridad ya intensa, preludio de una calurosa jornada tropical. La culpa es del *jet lag* que no aprenderé nunca a afrontar del modo conveniente. Llegué a Miami ayer por la tarde en un vuelo de Frankfurt y, en contra de lo que me había propuesto (resistir al sueño, salir a cenar y recogerme lo más tarde posible) me metí en la cama en cuanto puse pie en el hotel, en perfecta sincronía con mi reloj que marcaba las dos de la madrugada. Estoy camino de Haití para un reportaje. Vuelvo casi tres años más tarde de la caída de Baby Doc, el dictador con cara de niño, puesto en fuga en febrero de 1986 por una insurrección popular rabiosa y confusa. No me siento muy motivado. Ya sé lo que me tocará volver a ver: miseria, violencias y todavía sueños de rebelión en la isla más pobre de todo el hemisferio occidental.

Miro de reojo la televisión. Una noticia de la BBC me hace prestar atención: en Varsovia están dando un debate televisivo entre el líder de Solidarność Lech Wałęsa y el jefe del OPZZ, el sindicato del régimen, Alfred Miodowicz. El obrero más famoso del mundo aparece en la televisión polaca después de un largo ostracismo y se enfrenta al gris burócrata, en un cara a cara que no tiene precedentes en la historia de un país comunista. Todos los polacos estaban pegados a la pequeña pantalla para asistir al desafío; gran victoria del obrero de Danzig que ha reivindicado la necesi-

dad de libertad sindical y civil para poner en acción esas reformas económicas vanamente perseguidas por el gobierno de Jaruzelski. Pero la verdadera noticia no es que Wałęsa haya salido triunfador, sino que, por primera vez, le hayan permitido hablar en televisión. Es la primera grieta en el muro que el régimen comunista ha construido para aislar a Solidarność, después de haberlo puesto fuera de la ley en diciembre de 1981. Es la señal, tímida pero inequívoca, de que se está iniciando fatigosamente ese diálogo buscado desde siempre por la oposición y rechazado hasta ahora por el poder. Sopla un aire nuevo en Polonia. Estoy excitado y al mismo tiempo, frustrado. ¿Quién tiene ganas de ir a Haití? Observo por la ventana la larga línea de arena que bordea el océano azul como el cielo, las playas que comienzan a llenarse de bañistas, el tráfico que atasca el elegante Biscayne Boulevard frente a la bahía. Me siento un poco ridículo, tengo nostalgia del cielo plúmbeo y grisáceo polaco que en invierno te acompaña el día entero. Estoy tentado de llamar al periódico pidiendo volver enseguida, pero me tomarían por loco. Mejor dejar perder la ocasión, me marcharé a Haití con la cabeza puesta en el otro extremo del mundo. Pero hay algo que debo hacer en todo caso. Pido a la telefonista del hotel que me ponga en comunicación con Varsovia. ¿Warsaw, Minnesota o quizá Indiana?, me pregunta como si en el mundo solo existiesen los Estados Unidos de América. Ni la una ni la otra, Varsovia es «también» la capital de Polonia, la informo, se encuentra en Europa. Menos de media hora después suena el teléfono. «Hola, Mónika, soy Luigi». Mi intérprete polaca tiene un momento de vacilación. «Te oigo mal, ¿desde dónde me llamas?» Desde Florida, estoy en Miami. «¡Feliz tú! Aquí en Varsovia estamos a diez bajo cero y tú ahí al sol, en la playa, ya te veo rodeado de chicas en bikini...» Resoplo. «Estoy aquí de paso y en cuanto a las chicas sabes bien que no tienen comparación con las polacas». Mónika se ríe complacida. Le explico que debe encontrarme, lo más pronto posible, un apartamento en alquiler en Varsovia. Es la condición que pone el gobierno para conceder la acreditación

de corresponsal y el visado de entrada permanente en Polonia, una práctica burocrática que debo acelerar absolutamente. No puedo más con las largas colas, las esperas enervantes y los inconvenientes de claro signo político que me reservan los funcionarios de la embajada polaca en Roma cada vez que solicito un visado. «En enero iré a Varsovia. Prepárame los documentos para pedir la acreditación —le digo a la intérprete con tono imperioso—, 1989 se anuncia lleno de novedades y no quiero perderme ni una».

En mi vida es mucho lo que he arriesgado, pero aquella decisión, madurada a miles de kilómetros del Este de Europa, ha sido la más previsoras que he tenido nunca. La historia se estaba poniendo en movimiento, tal como había sucedido casi diez años antes, en 1980. Todo comenzaría ahora sobre el litoral báltico. Una larga historia, una novela irresistible que ni la más calenturienta fantasía de un escritor hubiera podido parir. Una historia que vale la pena contar.